

EL 'ORIGEN' DEL ORIGEN DEL *ORIGIN**

CARLOS CASTRODEZA

DEPARTAMENTO DE LÓGICA Y FILOSOFÍA DE LA CIENCIA, FACULTAD DE
FILOSOFÍA, UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID.

Castrode@filos.ucm.es

Resumen: *Se glosa sobre el origen de las ideas de Charles Darwin sobre el origen de las especies, aludiendo a detalles sobradamente conocidos de su periplo intelectual. Pero esta proyección, contrariamente a cómo se articula dicho periplo en general, se lleva aquí a cabo desde la doble perspectiva por un lado de la sociología del conocimiento y por otro lado desde una psicología de la creación científico-filosófica que obvia el concepto de genio. La pretensión es esclarecer que en la evidencia histórica en ningún momento debe tener cabida una hermenéutica cuasi-mágica del proceso de descubrimiento y su posterior legitimación (ideas como que el personaje era un adelantado de su tiempo, o que vio lo que nadie vio, o que tenía una mente privilegiada para entender la realidad, etc.). En suma y adicionalmente, el caso de Darwin que aquí se comenta debe servir de caso paradigmático al respecto.*

Palabras clave: *hermenéutica histórica, Darwin, selección natural*

The ultimate basis of the conception of the Origin of Species

Summary: *Taking into account well known facts about Darwin's history, the origin of his ideas on the origin of species is discussed not in a customary manner, but rather from the double perspective of the sociology of knowledge and the psychology of epistemic*

* Una primera versión de este artículo se presentó en la jornada *Darwin en el 150è aniversari de la publicació de «L'origen de les espècies»*, organitzada por la *Societat Catalana d'Història de la Ciència i de la Tècnica (SCHCT)-Institut d'Estudis Catalans (IEC)*, la *Institució Milà i Fontanals-CSIC* y la *Residència d'Investigadors CSIC-Generalitat de Catalunya*.

creation, which does not take into consideration the concept of genius. The aim is to clarify how historical evidence should never articulate quasi-magical properties in the process of discovery and its further justification (ideas like considering the character under scrutiny to be either in advance of his time, or that he 'saw' what nobody did, or that he had a privileged mind for understanding the world, etc.). In brief, Darwin's case should be taken as paradigmatic in the sense alluded to.

Key words: historical hermeneutics, Darwin, natural selection

La precisión en la historia

Para alguien como el físico Steven Weinberg (Premio Nobel de Física compartido en 1979), y en representación de tantos otros, las precisiones históricas muy especialmente (así como las consideraciones filosóficas aparejadas) se traducirían en distracciones entretenidas para el científico cuando no en una minuciosidad irrelevante por parte del erudito a la sazón (Weinberg, 1993). Pero ese juicio generalizado es sumamente precipitado porque al tratar de ver las cosas más en el sentido de 'cómo son' que en el sentido de 'cómo nos parecen', percibimos de entrada que 'no hay conocimiento privilegiado' (*inside information*) que sería el sustituto de lo que en teología es revelación (conocimiento privilegiado en fin).

Cuando Weinberg manifiesta que en el mejor de los casos el filósofo (historiador) entretiene y en el peor emponzoña el progreso del conocimiento (el caso de Mach y la teoría atómica) es como si el científico viera el mundo sin prejuicios mayores y más o menos como es, actitud que a su vez en el mejor de los casos es inofensiva pero en el peor conduce al fanatismo con sus consecuencias más o menos severas para el que no es de la misma cuerda. Por supuesto, cuando no se reposa en la Verdad, todo es epistémicamente relativo y en principio 'vale todo' (se impone seguramente, sobre la base de la controvertida psicología evolucionista, el criterio del mejor manipulador, bien por la fuerza bruta o la fuerza sutil de la razón y la inteligencia, como juzgaría Nietzsche el discurso socrático), y cuando lo que se cree es estar en la verdad sin forzar indebidamente la creencia se impone un criterio afín al anterior, o sea el criterio propio de nuevo aunque quizá de un modo más atenuado.

La primera solución global (la solución relativista) funcionaría socialmente en condiciones de supervivencia antropológicamente llevaderas y conduce a un consenso más o menos provisional y prorrogable según vengán dadas. Pero la segunda actitud, presa del fanatismo y de sus consecuencias, funcionaría socialmente seguramente en una situación de supervivencia difícil, de un 'sálvese quien pueda',¹ y en este caso se instrumenta de un modo inconsciente (autoengaño) una deformación de la historia que se traduce en resu-

1. La historia del hombre en general siempre se ha desarrollado en un contexto difícil aunque haya habido y haya entornos específicos relativamente halagüeños y tolerables al menos por un tiempo.

midas cuentas en propaganda política como es el caso que se tipifica en Weinberg y tantos otros.

En el tercer capítulo de *1984* de George Orwell se lee, valga la transcripción, que «el que controla el pasado, controla también el futuro y el que controla el presente, controla el pasado», de manera que la cuestión es llegar a hacer pensar que sólo existe una forma genuina posible de vivir y pensar y que además esa forma es la mejor, la auténtica. Siguiendo a Gaston Bachelard, la historia de 'andar por casa' simplifica la realidad con objeto de manejarla mejor y quizá ilusoriamente de creer entenderla en líneas generales, mientras que la historia *historia* complica la realidad exacerbando los detalles que, como en toda investigación criminal pueden acercarse a la clave de la situación con un fanatismo mucho más atenuado, porque en esa clave lo que se ve es que nadie tiene acceso a conocimiento privilegiado alguno y que todo conocimiento depende de la situación que circunda al autor así como especialmente a su condición más personal.

Todo conocimiento histórico nace pues sesgado del mismo modo que todo conocimiento pertinente a la ciencia natural y su generalización y modificación pertinente (evaluándolo como conocimiento privilegiado) es sólo una manipulación metafísica más inconsciente que consciente lo que a la postre se traduce como digo en propaganda política de un signo u otro. Del mismo modo, por qué no, que pueda ocurrir con lo que aquí se esgrimen como razones de peso porque a la sazón todo discurso es autorreferente. Así las cosas, las pretensiones de la filosofía y de la historia en una faceta estrictamente naturalista —es decir, mínimamente inefable y, por tanto, máximamente alejada de toda pretensión de conocimiento privilegiado— se remitirían en buena medida y en primera instancia a una sociología del conocimiento basado, como ejemplo más en boga, en el determinismo de las estructuras sociales preconizadas en su día por Émile Durkheim que se desglosarían posteriormente, como mejor solución quizá, en los mitemas de Claude Lévi-Strauss (en esta línea estaría el tratamiento de Heidegger por parte de Pierre Bourdieu (1988) o el de Wittgenstein por parte de David Bloor (1983) o, salvando las distancias por supuesto, el de Darwin por mi parte (Castrodeza, 1988), como en su día David Castillejo (1981), desde Cambridge además, hizo lo propio con Newton, así como el también relativamente reciente y para muchos científicos escandaloso escrito *The Private Science of Louis Pasteur* de Gerald L. Geison (1995), ganador de la «William H. Welch Medal of the American Association for the History of Medicine» del año 1996. En segunda instancia las pretensiones en cuestión de la filosofía y de la historia se remitirían a una Antropología Biofilosófica porque toda filosofía-historia se plasmaría en definitiva en una estrategia de supervivencia que daría sentido a la propia existencia que en un sentido amplio puede dejar de ser individual para serlo social pero incrustada en una dimensión familiar más o menos extensa, en el sentido que le da el conocido historiador Frank Sulloway, de acuerdo con la unidad de selección natural que se estipule y que no tiene por que ser el individuo, es decir, el sujeto pensante.

El 'origen' del origen del *Origin*

Desde la perspectiva justamente apuntada² para la mayor parte de los historiadores, especialmente de corte británico (por no hablar ya de los científicos que opinan sobre el particular) el origen del *Origin of Species* obedecería a la acción de una mente singular (la mente de Darwin) que 've' lo que sus coetáneos no ven porque después de todo la prerrogativa del genio es al menos la de zafarse de la metafísica de su propio entorno para, de alguna manera, adentrarse en esa Verdad/verdad que marcaría la historia genuina del pensamiento en general y de la ciencia en particular. Claro está que desde la visión del mundo que aquí se estipula esa actitud se traduce en una caricatura histórica que no sólo no se sostiene epistémicamente de un modo claro sino que perjudica, asimismo epistémicamente, de un modo serio la hermenéutica histórica que subyace. Porque del mismo modo que decir que las cosas son como son porque 'Dios las ha hecho así' es igualmente inoperante manifestar que Darwin, Newton, Einstein, etc. han hecho sus descubrimientos porque son 'genios'. O sea que del mismo modo que la ciencia tiene que prescindir de divinidades intervinientes, al menos metodológicamente, para intentar comprender el mundo (esencialmente en un sentido explicativo/predictivo de corte positivista/naturalista) la historia tiene que prescindir de la categoría del genio para entender sus descubrimientos y hazañas varias. Por esta razón se acude a tratar del 'origen' del origen en el sentido que el origen digamos racional de la teoría maestra de Darwin tendría un origen si no irracional en sí, sí intuitivo y resultante de las condiciones psicosociales del personaje en cuestión. Es más, la tesis darwiniana independientemente de la dilucidación de su origen adolece de concreciones epistémicas notables. Veamos.

Indiscutiblemente, en la ciencia actual la teoría de Darwin de la 'selección natural' es la más importante en el sentido de que es la teoría que marca la pauta en toda disciplina que tenga algo que ver con la biología, incluidas disciplinas como la psicología, la sociología y por supuesto la antropología. Pero es que la situación disciplinar tiene derivaciones mucho más enjundiosas porque a través de lo que se conoce actualmente como 'filosofía de la biología', al ser el hombre un ser vivo se considera que cualquier actividad de éste tiene connotaciones biológicas, sea dicha actividad filosófica, teológica o, por supuesto, científica en un sentido lato, de manera que se contempla desde esta perspectiva una auténtica biología del pensamiento matizada si no creada por la selección natural. La pregunta clave es cómo una teoría de tan sencillísima comprensión tuvo tantos problemas para con no sólo su génesis sino su misma gestación. A grandes rasgos, una teoría científica se considera que tradicionalmente o bien se genera por inducción (Carnap) o bien, según la matización Popperiana, por falsación o bien incluso según la consideración más radical de Kuhn por fideísmo paradigmático que se apoye en una base empírica mínimamente constatable. Entonces, ¿cómo se ajustan estos tres modelos generales a la concepción de la teoría de la selección na-

2. Es decir, desde la perspectiva de la sociología del conocimiento, totalmente contraria a la actitud epistémica de Weinberg señalada al principio de este escrito.

tural? Se propone que la cuestión tiene más que ver con una sociología del pensamiento científico (naturalismo sociológico) que con los modelos especialmente racionales especificados.

Por otra parte, asimismo de momento a grandes rasgos, la vida de Darwin a partir de su vuelta a Inglaterra después de su famoso viaje (y no antes en ningún sentido) se caracteriza por ser una lucha sin cuartel para tratar de promover su teoría con tan desigual fortuna como para morir decepcionado en lo que se refiere a su tesitura vital al respecto. Es más, a Darwin se le entierra con todos los honores académicos y políticos en el lugar más emblemático y sagrado del suelo inglés como es la abadía anglicana de Westminster en el corazón de Londres al lado de John Herschel y a escasa distancia del 'gran' Newton. Pero, ¿qué tiene que ver ese honor con su mayor fracaso como fue no poder convencer a sus coetáneos de la importancia de su teoría? De hecho, a la muerte de Darwin su teoría prácticamente se olvida (el llamado 'eclipse del darwinismo') lo que no quita que la Royal Society instituya a partir de 1890 la medalla (bianual) 'Darwin' (de la que sus mejores amigos vivos entonces, Wallace, Hooker y Huxley, son los primeros receptores). Asimismo sucede que en el primer centenario de su nacimiento, en 1909, haya celebraciones importantes que marcan una 'grandeza' un tanto ficticia del ilustre victoriano (siempre en lo que atañe a su teoría que no a su magna obra geológico-zoológico-botánica como naturalista de a pie). De hecho, en 1924 el gran historiador de la biología que fuera el finlandés Eric Nordenskiöld señala en su obra que la teoría de Darwin sólo tiene un interés meramente histórico. Sin embargo, Darwin, o mejor dicho sus ideas, resucitan con una fuerza inusitada a partir de los años 30 del siglo que acaba de pasar (singularmente con la obra de Ronald Aylmer Fisher *The Genetical Theory of Natural Selection*), ¿qué ocurre realmente? Ésta es la pregunta básica que hay que contestar al respecto. En síntesis, se percibe cómo la esencia del darwinismo está presente en la obra de su mejor divulgador y propagandista como fue y es el etólogo oxoniano Richard Dawkins tal como la teoría quedó expuesta en su obra más básica que es *El Gen Egoísta*, publicado en 1976, o, sobre todo, *El Relojero Ciego* publicado diez años después, es decir que la esencia en principio oculta (políticamente incorrecta) de la teoría de Darwin sería 'la lucha por ser más que el otro' y punto. Todo esto hay que matizarlo más que mucho por supuesto aunque no sea más que por las consecuencias ético-políticas que se derivan del pensamiento darwiniano que no por ser altamente controvertidas, especialmente en su última expresión marcada por la ya mencionada psicología evolucionista, dejan de tener una influencia socioantropológica de alto calado tanto en el mundo actual como en el mundo que ha sido (Castrodeza, 2009).

El camino metafísico hacia el 'origen'

Es de sobra sabido que en general el peor biógrafo es el autobiógrafo por razones obvias, por lo que los escritos de Darwin a propósito de la concepción de su obra hay que desgranarlos con sumo cuidado.

*Charles Darwin, cazador, creacionista y naturalista*³

La trayectoria biográfica de Darwin que él mismo nos relata además de innumerables biógrafos, en lo que se ha convertido en una auténtica industria para estudiosos, es normal y cotidiana (cercana) a más no poder (Castrodeza, 1988). La familia Darwin, unida por dos matrimonios sucesivos a la familia Wedgwood (la de la conocida cerámica) es económicamente enormemente solvente, hasta el punto de que cuando el joven Darwin va a estudiar medicina, siguiendo los pasos de su único hermano varón, Erasmus, a una de las mejores facultades del orbe, la de Edimburgo, para ejercer como su padre Robert y su famoso abuelo Erasmus, desiste en la empresa (su hermano terminaría los estudios de medicina aunque nunca ejercería). Darwin no puede soportar la violencia de las operaciones quirúrgicas (los anestésicos eran incipientes entonces y las intervenciones quirúrgicas eran consecuentemente alto desagradables sobre todo en niños) y él mismo se pregunta que por qué alguien financieramente solvente tiene que aguantar esas incomodidades. O sea que su vocación hipocrática era más bien nula. De hecho, el joven Darwin ejerce de 'señorito' (*gentleman*) de su clase y condición y se dedica a la caza y a la historia natural, a ver si así descubre algún espécimen que no tenga nadie y llegar a ser alguien además de por fortuna fácil por fama igualmente fácil. Es más, es decisión paterna que, dado lo que se califica como indolencia, el joven Darwin elija el *modus vivendi* socialmente aceptable más cómodo en esa época y lugar para convertirse en una figura social respetable: la figura de párroco rural.

Pero para gran disgusto de su padre en un principio, Darwin se desvía de su trayectoria hacia el clericalismo porque tiene la suerte de poder enrolarse en un viaje oficial alrededor del mundo (de cometido cartográfico) de modo que sus colecciones de especímenes ya van a adquirir proporciones notables y los descubrimientos al respecto, mucho en Sudamérica, nada en África y algo en Oceanía, pueden dar mucho de sí como así fue. Su libro del viaje fue un auténtico *best-seller* en la época (1ª edición en 1839 y 2ª en 1845) y de hecho es una obra sumamente interesante especialmente desde el punto de vista de la sociología de la cultura (interacciones de Darwin con poblaciones muy diversas: gauchos, marineros bonaerenses, fueguinos, esclavistas británicos, lugareños españoles y portugueses, tahitianos, marorís, colonos ingleses de toda índole, etc.). Todo este tiempo Darwin es creacionista hasta el punto que él mismo nos cuenta en su autobiografía fíabilmente que en esa primera época de su vida no podía comprender como podía haber alguien que dudara de los principios cristianos en los que se asentaba la iglesia anglicana (los famosos 39 artículos de fe).

3. La biografía de Darwin más completa y profesional hasta la fecha, interpretaciones aparte, es *Charles Darwin: Voyaging. Volume I of a biography*, Jonathan Cape, Londres, de Janet Browne, 1995, así como su *Charles Darwin: The power of place. Volume II of a biography*, Jonathan Cape, Londres, 2002. Véanse comentarios importantes en (Ruse, 2005a) sobre recientes ediciones de los dos *orígenes* de Darwin (el de las especies y el del hombre) así como para la obra secundaria reciente véase (Ruse, 2007) o (Lewens, 2007) escritos todos ellos que se quieren completos en lo que se refiere a Darwin, su obra e influencia al día de la fecha.

¿Cuándo empezó a dudar Darwin de su creacionismo casi integrista? (Ruse, 2005b) Esto sigue siendo materia controvertida. La tradición más popular dice que fue cuando visitó las Islas Galápagos, en ese periplo oficial, donde tuviera una conversión casi paulina del creacionismo al evolucionismo, pero la evidencia al respecto no es contundente ni mucho menos (Castrodeza, 1988; Glick, 1992; Stamos, 2007). Lo cierto es que Darwin iba en el bergantín *Beagle*, literalmente, como señorito de compañía (*gentleman's companion*) del capitán Robert FitzRoy. El almirantazgo en combinación con amigos personales de FitzRoy había decidido proporcionar compañeros de viaje a los altos mandos para que éstos se pudieran distender sin faltar al protocolo que les impedía departir informalmente con oficiales, suboficiales y subalternos en general, ya que la falta de distensión causaba problemas psicológicos de aislamiento en los viajes demasiado largos y potenciaba tendencias suicidas de modo que en algún que otro caso llegó la sangre al río como ocurriera con el capitán Stoker (anterior a FitzRoy en el cargo) y después de todo con el mismo FitzRoy, aunque mucho más tarde y por razones en principio un tanto ajenas al viaje.

Un problema básico es que aunque tanto Darwin como FitzRoy eran cristianos anglicanos convencidos, la naturaleza de sus respectivas profesiones de fe era harto diferente. Darwin era una criatura del Nuevo Orden, sus abuelos fueron protagonistas principales de la Revolución Industrial (miembros de la llamada Sociedad Lunar, núcleo de esa revolución), mientras que FitzRoy (literalmente 'hijo de rey', de hecho procedía de una rama bastarda del Estuardo Carlos II) era un carácter anclado en el Antiguo Orden. Tanto Darwin como FitzRoy, y como suele ser el caso (ya detectado por el presocrático Empédocles), hacían a Dios a imagen y semejanza de su clase y condición (sociología de la religión) y claro constantemente había choques y fricciones concernientes a la esclavitud, al trato con los demás y a la bondad de la obra del Creador en general.

El episodio de las Galápagos fue importante pero seguramente por otras razones que las que normalmente se barajan. Allí hubo una de tantas disensiones entre Darwin y FitzRoy, disensión en principio seguramente trivial ante nuestros ojos pero que se convirtiera en algo más que crucial porque muy posiblemente es lo que llegó a desencadenar, ya de vuelta en Inglaterra, las especulaciones evolucionistas de Darwin, de nuevo por razones inicialmente un tanto ajenas a cuestión propiamente científica alguna. Ambos caracteres constataron por información de terceros (españoles afincados en las islas) que la flora y, sobre todo, la fauna de las distintas islas ecuatorianas eran ligeramente distintas de isla a isla. FitzRoy, aficionado naturalista como su compañero de viaje, pensaba que se trataba de especies diferentes, pero para Darwin era exagerado pensar que el Creador se habría molestado en crear especies diferentes para cada isleta en un lugar tan remoto. Para FitzRoy el Creador empero podía crear tan caprichosamente como quisiera. Total que una cuestión de historia natural pura y simple se convirtió en una cuestión teológica insulsa a los ojos del hombre de hoy como digo, pero de consecuencias monumentales (una especie de efecto mariposa ontoepistémico). Ambos acordaron que de vuelta a Inglaterra, y sobre la base de ciertos especímenes, los expertos de

turno en el suelo patrio decidieran sobre el particular (o sea, si se trataba en efecto de especies o de variedades). El juez más decisivo fue el famoso ornitólogo inglés John Gould (conocido en la época como el hombre pájaro) y decidió a favor de FitzRoy.

Es de suponer que esa decisión significara un duro revés para Darwin no sólo en términos de amor propio herido sino sobre todo en términos teológicos (un Creador aparentemente caprichoso para Darwin era una entidad *contra natura* como si dijéramos), y nuestro naturalista buscó compaginar ambas tesis, la de FitzRoy-Gould y la suya propia, para lo cual tenía que contemplar forzosamente una teoría transformista: las variedades con el tiempo, si no hay interferencias, pasan a ser especies. Pero la contemplación del transformismo/transmutacionismo (evolucionismo) en la Inglaterra de la época no era una especulación políticamente correcta (*ungentlemanly ideas*) (Dawson, 2007), era parte del pensar de ateos y revolucionarios (la referencia era a la revolución francesa y a uno de sus científicos más respetados a pesar de todo, el botánico revolucionario blando y evolucionista duro Jean Baptiste Chevalier de Lamarck que publicara la primera obra evolucionista de la historia a nivel de tratado, la *Filosofía Zoológica*, precisamente el año en que Darwin naciera, 1809). Pero Lamarck no sólo convenció a muy pocos sino que esos pocos no eran personajes de primera fila (salvo quizá el evolucionista trascendentalista galo Étienne Geoffroy Saint Hilaire fundador oficial de la teratología, la ciencia de los monstruos) aunque en Alemania gozara de simpatías claras entre los filósofos de la naturaleza (notablemente de Goethe). Además Lamarck y Geoffroy tenían en frente al gran Georges Cuvier, padre de la paleontología moderna, gran señor de la ciencia francesa y político influyente, a pesar de su condición de protestante de raíces hugonotas. Y Cuvier dictaminaba que una teoría de la evolución de los seres vivos no sólo no era científica sino ni siquiera filosófica, pura charlatanería vamos. Para el paleontólogo francés todo organismo estaba tan exquisitamente conjuntado que cualquier variación en su estructura haría que todo el conjunto se viniera abajo lo que, claro, refutaba cualquier teoría de la evolución de raíz, aunque curiosamente el hermano menor y protegido de Cuvier, Frédéric, también afamado zoólogo, pensara de otra manera.

La sorprendente radicalidad de Darwin

En efecto, el origen de las especies no se consideraba una cuestión científica genuina. Kant en su tercera crítica considera que la cuestión es tan misteriosa que de alguna manera legítima sus especulaciones propiamente metafísicas de la razón práctica. John Herschel, el metodólogo y científico inglés antes citado (hijo del famoso William, descubridor del planeta Urano), califica la cuestión del origen de las especies como el 'misterio de los misterios'. Ciertos científicos prominentes de la época, entre ellos el mencionado Cuvier y el escocés Charles Lyell, padre de la geología moderna y padrino científico de Darwin, proponen una especie de creacionismo secularizado en la línea que el gran naturalista pre-lamarckiano, el ilustrado Conde de Buffon (el gran rival de Linneo), propusiera en el siglo de las luces (Ruse, 1983).

El caso es que Darwin comenzó casi en secreto unos cuadernitos (el cuaderno rojo en una segunda parte, escrita ya a su vuelta en Inglaterra, y ya a partir de julio de 1837 los cuadernos B, C, D, E, M y N) en los que especulaba sobre la posibilidad de que una teoría de la evolución fuera después de todo verosímil con el hombre más que incluido (cuadernos M y N). Esa actividad, ejercida casi de tapadillo hasta donde le fue posible, le supuso un auténtico *via crucis*, valga la expresión. Darwin se puso enfermo, tenía pesadillas en que intervenía la inquisición y se obsesionó con la cuestión del origen de las especies hasta un extremo casi paranoico. Después de llegar relativamente a buen término en sus pesquisas, fue gradualmente, como el dice en su autobiografía (ya no tan fiablemente), perdiendo su fe en lo sobrenatural y secularizando (biologizando) su pensamiento de acuerdo con los cánones secularizadores de la época y más allá. La actividad que muestran los cuadernitos señala un proceso de conjeturas y refutaciones fascinante que le condujo a la teoría de la selección natural después de tres años de tira y afloja dialéctico (1836-1839) consigo mismo en que considerara los méritos al respecto especialmente de la teoría de Lamarck, de la de su abuelo Erasmus y de algún naturalista alemán relevante al respecto (Leopold von Buch). Ahora con una teoría que se le antojaba un tanto prometedora inspirada por el *Ensayo sobre la Población* del Rvdo. Thomas Malthus (la teoría de la selección natural), a diferencia de las otras que le parecían callejones sin salida, podía empezar a trabajar y dejar las especulaciones de lado aunque siguió durante un tiempo aplicando las ideas de Lamarck sobre 'el uso y falta de uso' en la evolución de los hábitos y su conversión en instintos antes de entrar de lleno en la teoría de la selección natural y aún así.

El proceso documentador de Darwin fue lento aunque un tanto exhaustivo. El naturalista inglés era un hombre minucioso y concienzudo a la hora de recoger y evaluar pruebas y argumentos y realizar experimentos originales, aunque un tanto pedestres. Leía sobre todo en un principio a teólogos naturales más que a científicos porque lo que le interesaba era secularizar (biologizar) el pensamiento metafísico al respecto de dichos pensadores especialmente en lo que se refería a la evolución de la ética como hábito que se convierte en instinto. Tuvo un primer ensayito listo sobre el origen de las especies en 1842 y otro más definitivo y amplio en 1844, que dejó reposar entre otras razones seguramente porque ese mismo año se publicó en Inglaterra anónimamente una obra evolucionista de corte teológico-lamarckiano, *Los Vestigios de la Historia Natural de la Creación*, que constituyó un gran escándalo y recibió descalificaciones prácticamente desde todos los sectores cultos (hubo algunos que creyeron que Darwin era el autor, o sea que ya se conocían sus ideas al respecto,⁴ aunque se pensaba que también podía ser el príncipe Alberto, consorte de la reina Victoria, o el mismo Lyell y algunos otros individuos de menor renombre como la sobrina de Lord

4. Aunque aparentemente, no hay ningún tipo de evidencia al respecto de que Darwin ocultara sus ideas o temiera publicar por la reacción adversa que pudiera suscitar (Van Wyhe, 2007).

5. Y de hecho su impacto subliminal fue colosal (Secord, 2000).

Byron). La obra en cuestión empero se vendió muy bien⁵ y en todo caso bastante mejor que la de Darwin que se publicara década y media después. Incidentalmente, el autor, Robert Chambers, salió del anonimato muchos años después (a su muerte) y resultó ser un editor escocés muy conocido por la publicación con su hermano de la famosa revista ilustrada de corte científico *Chambers*. Mucha gente, incluido Darwin, dilucidaron su identidad porque el dicho Robert Chambers era un hombre muy conocido en los círculos culturales de la época y su conversación le delataba. A la vista de la ridiculización del autor entonces anónimo, al menos por los expertos de turno (incluido Darwin pero no Wallace) y de un modo un tanto forzado (lo políticamente correcto era ridiculizarle, pero nada más), Darwin se concienció sobre que tenía que cuidar mucho más los detalles y hacer que su obra fuera digna de un científico y no de un charlatán.⁶ Tenía que experimentar y consolidar una obra al respecto que le avalara como científico más que como especulador (en los dos sentidos del término, dicho sea de paso). Ardua labor ésta en cuya acometida Darwin se convirtió en toda una autoridad mundial en percebes, fósiles y vivientes (descartó definitivamente la idea imperante de que eran moluscos para categorizarlos como crustáceos). Al fin, como bien se sabe, ocurrió un incidente un tanto fortuito e insospechado y es que un naturalista serio y respetado, el justamente mencionado Alfred Russel Wallace, se le había adelantado a la hora de proclamar el hecho evolutivo por medio de una selección natural. Wallace le envió un escrito a Darwin, desde las Islas Molucas, en que se pergeñaba una teoría muy parecida a la suya propia (Darwin al principio la vio idéntica).⁷ Y aunque la cuestión de la prioridad de Darwin se solucionara satisfactoriamente, gracias a sus amigos Charles Lyell y, sobre todo, Joseph Dalton Hooker (director del jardín botánico de Kew, en Londres, cargo en el que sucediera a su padre), nuestro naturalista se vio obligado a publicar su famoso librito *On the Origin of Species* sin más tardar. Darwin lo publicó a la ya tardía edad en la época de 50 años, en 1859, cuando ya era una figura bien establecida de la ciencia británica como naturalista en sus facetas geológica —medalla Wollaston en 1859— y zoológica —medalla de oro de la Royal Society en 1853— (la faceta botánica estaba por llegar —medalla Copley de la Royal Society en 1864 por su trabajo sobre las orquídeas—). Su libro causó oficialmente bastante estupor entre la comunidad científica, tanto nacional como extranjera, y recibió críticas serias y claramente refutatorias por parte de matemáticos, físicos y, sobre todo, de sus colegas naturalistas (Hull, 1973), pero no tanto así de teólogos ya que la teoría de Darwin se podía interpretar desde una vertiente creacionista para gran desazón de su autor. Además la alta crítica alemana sobre la Biblia ya estaba haciendo mella en la vida cultural inglesa (a las po-

6. Es más, la idea central de Chambers era la darwiniana sin naturalizar en el sentido que ambos autores suscribían la equívoca recapitulación ontogénica de la filogenia que luego Haeckel convertiría en su conocida ley de la biogénesis.

7. En realidad, ambos proyectos eran harto diferentes; Wallace, por ejemplo, pensaba que la selección artificial no tenía nada que ver con la selección natural lo que para Darwin era crucial (Hull, 2005), pero véase el profundo escrito de índole externalista (Fagan, 2007).

cas semanas de publicarse el *Origin* salieron a la luz los *Essay & Reviews* de siete clérigos, básicamente oxonienses, cuyo éxito de ventas fue notable: en dos años se vendieron más ejemplares que del *Origin* en veinte). Pero a Darwin, contrariamente a *Chambers*, había que tomarse en serio o sea que había que ponerse serio con él (en la sexta edición de su *Origin* en 1872 Darwin confesaba «I formerly spoke to very many naturalists on the subject of evolution, and never once met with any sympathetic agreement» o sea «Comenté en su momento con muchos naturalistas el tema de la evolución y nunca conseguí una opinión que no fuera adversa»). De manera que en las distintas ediciones de su obra (oficialmente seis aunque en la práctica fueran siete) iba cediendo terreno a los críticos (de cuatro mil frases, en números redondos, que tenía la edición original quedaron en la última edición sólo mil sin alterar). Con el tiempo y tras su muerte en 1882, y durante un intervalo de casi cuatro lustros, las críticas poco a poco se fueron neutralizando de manera que en la actualidad la edición que más se acerca a la ortodoxia vigente es la primera edición.

Discusión

La 'selección natural' como praxis

El consenso que existe entre los historiadores especializados es que Darwin consiguió con su obra darle credibilidad científica a la idea de una evolución de las especies, aunque no así a su teoría de la selección natural. Irónicamente, a la muerte de Darwin proliferaron teorías de la evolución de corte lamarckiano, es decir, teorías que especulaban sobre la existencia de leyes evolutivas que propician la complejidad gradual de las especies con el tiempo. Además, a la ley global lamarckiana de complejidad se le añadían valores axiológicos de manera que la evolución conseguía seres vivos de cada vez mejor calidad (adaptativa al menos en primera instancia) hasta llegar al hombre blanco como cima de la evolución. Esas ideas evolucionistas y racistas, documentadas sobre todo por paleontólogos (Edward Drinker Cope, Othniel Charles Marsh y Henry Fairfield Osborn fundamentalmente), sobre la base de los fósiles, recibían la denominación general de ortogénesis (teorías ortogenéticas), es decir, la génesis de una dirección (que a menudo conducía a la extinción: ciervo irlandés, tigre de dientes de sable, etc.). En consecuencia, el período que siguió a la muerte de Darwin se denomina 'el eclipse del darwinismo'⁸ (la expresión es de Julian Huxley de 1942), porque efectivamente su idea central de la selección natural quedó eclipsada durante un tiempo por otras teorías que, dicho sea de paso, se centraban sobre todo en la evolución del hombre en general y, como se acaba de mencionar, del hombre blanco en particular (Bowler, 1986), aunque en psicología Darwin tuvo adeptos y continuadores importantes (Herbert Spencer, George Romanes, Conwy Lloyd Morgan, William James, James Mark Baldwin, etc.); por

8. En realidad, como se manifiesta en (Bowler, 1983), nunca hubo eclipse alguno porque la teoría de Darwin hasta su promoción en el siglo xx tuvo escasa aceptación y en esa promoción, aunque de una manera un tanto heterodoxa, el papel del archidarwiniano alemán Ernst Haeckel fue crucial (Richards, 2008).

otra parte sus valedores alemanes especialmente Ernst Haeckel y, sobre todo, August Weismann (el ultradarwinista de la época) no se pueden dejar de mencionar.

Resurge una pregunta clave, ¿cómo una teoría tan redonda que incluso en la práctica se la llegaba a calificar hasta de tautológica se podía refutar desde tantos ángulos? Y sobre todo cabe preguntar que ¿cómo una teoría que casi nadie de importancia en la época se tomó del todo en serio⁹ resurgió de sus cenizas bastante después de la muerte de Darwin?

En principio, la selección natural se consideraba una verdad de Perogrullo porque está claro que lo que es mejor sobrevive a expensas de lo que no lo es en un mundo en que no hay para todos (suerte aparte). Por ejemplo, uno de los hoy día admitidos como dos de los codescubridores con Darwin de la teoría, Patrick Matthew, señaló el principio en un librito suyo sobre madera para barcos (*Naval Timber and Arboriculture* publicado en 1831) pero, según su propia confesión, no le dio mayor importancia al asunto. Luego el naturalista paleontólogo y anatómico Richard Owen (el *Cuvier* inglés), uno de los científicos victorianos más prestigiosos de su época y lugar, si no el que más, llegó incluso a acusar a Darwin de plagio porque él mismo utilizaba el principio constantemente sin igualmente darle mayor importancia. De hecho, las acusaciones de un plagio blando iniciadas por el Rvdo. Baden Powell (uno de los siete autores de *Essays & Reviews*), catedrático Savilian de Geometría en Oxford y admirador empero de la obra de Darwin, se multiplicaron hasta el punto que Darwin tuvo que añadir al comienzo de las primeras ediciones alemana y norteamericana y tercera edición inglesa de su obra un bosquejo histórico¹⁰ encabezado nada menos que por Aristóteles (con su principio de limitación fisiológica análogo al de la selección natural, valga el anacronismo). Pero claro, Darwin, junto con el otro codescubridor más importante mencionado, Wallace, insistía en que él iba más allá de la verdad de Perogrullo al respecto y proclamaba que fue por selección natural como surgiera toda la variedad de organismos que han existido, existen y existirán incluido el hombre, y eso dolía mucho, aunque Darwin lo dijera en principio con gran cautela. Y dolía, claro está, porque por esa teoría se desmoronaban los principios más sagrados del canon occidental, por mucho que Darwin declarara la emergencia por evolución de dichos principios de las ruinas de todo lo sagrado en cuestión. No había legitimación posible de un orden superior sobre la altura moral de la caracterología humana (y, todo hay que decirlo, en éstas estamos).

La problemática del 'hombre'

El origen del hombre por selección natural de pre-hominidos era sin paliativos el gran problema ideológico, y ahí estriba la diferencia un tanto sutil de Darwin con sus coetáneos in-

9. Estaban en contra, como quizá ejemplos muy notables, los eminentes médicos franceses Louis Pasteur y Claude Bernard así como en Inglaterra los físicos James Clerk Maxwell y Lord Kelvin.

10. La publicación de este bosquejo fue una pesadilla para Darwin cuyo interés por la historia natural no era ni con mucho paralelo a su interés por la historia propiamente dicha (Johnson, 2007).

cluso con los más radicales (notablemente el editor de la *Wesminster Review* John Chapman, la novelista y traductora de la *Vida de Jesús* de David Strauss, Mary Ann Evans —George Eliot— o el naturalista y anatómico radical escocés, otrora profesor-amigo de Darwin en Edimburgo, Robert Edmund Grant). La biologización total del ser humano entraba en pocas cabezas y se consideraba una frivolidad imperdonable en un científico serio. El mismo Karl Marx pensaba que la teoría de Darwin era un gran adelanto en la ciencia pero incluir al hombre sin matizar en profundidad esa inclusión era científicamente demasiado temerario. Karl Marx eligió la obra de un evolucionista francés, Pierre Trémaux (contra la opinión de Engels), para otorgarle al hombre una animalidad especial. El amigo más influyente de Darwin, el mencionado creador de la geología moderna, Charles Lyell, no podía aceptar tampoco la naturaleza animal del hombre sin más y parece ser (sólo parece ser) que a espaldas de Darwin intentó, con un informe negativo, que el editor John Murray no publicara la controvertida obra (el primer *Origen*) en su formato original sino como un manual sobre la cría de palomas, idea que recibió el apoyo total y la autoría explícita de otro informante, Whitwell Elwin (editor de la famosa revista cultural *Quarterly Review*). Con estos amigos quien necesita enemigos se puede decir (la auténtica adoración que Lyell sentía por su pupilo Darwin no era suficiente para hipotecar su metafísica más íntima en torno a la superioridad de lo humano). Incluso el en cierto modo compañero de fatigas evolucionistas de Darwin, Wallace, pensó con el tiempo (a partir de 1868 y a raíz de su estudio crítico de la 10ª edición de los *Principles* de Lyell) que ciertas características humanas sólo atestiguaban la presencia de una divinidad en acción (¿por qué, se preguntaba Wallace, con enorme enjundia, los 'salvajes' tienen un cerebro tan complejo como el de los europeos si a la vista de los resultados no les vale para nada?, ¿cómo ha emergido ese cerebro?, desde luego, pensaba Wallace, no por selección natural). Darwin le comentaba a su colega que con esa manera de pensar había asesinado ese hijo epistémico que tenían en común.¹¹ Es más, el buen amigo americano de Darwin, el conocido botánico de Harvard Asa Gray,¹² pensaba con otros muchos (notablemente el teólogo Charles Kingsley), todo hay igualmente que decirlo, que lo que había descubierto Darwin en realidad era cómo Dios llevaba a cabo su creación.¹³ De hecho, inspirado en el filósofo Herbert Spencer, y aconsejado por Alfred Wallace, Darwin intentó cambiar la expresión 'selección natural' (que implicaba de alguna manera la existencia de un 'seleccionador') por la de 'supervivencia del más apto' (5ª edición) sin resultado hermenéutico alguno. Incluso el amigo más secularizado de Darwin y su defensor a machamartillo, el brillantísimo anatómico y naturalista Thomas Henry Huxley (creador del término agnóstico para matizar su ateísmo, término que también adopta Darwin) siempre evitaba la mención de la expresión 'selección natural' porque pensaba que todo lo más era una hipótesis de tra-

11. De hecho Darwin acometió su obra *El Origen del Hombre* en buena lid para refutar a Wallace (Ruse, 2004; 20).

12. Asa Gray preparó la publicación del *Origen* en EEUU en 1860 (Johnson, 2007; 540).

13. Para un estudio fascinante de esta interesante problemática véase (Levy & Peart's, 2006).

bajo (lo importante para Huxley era defender la idea de evolución y en concreto el origen simiesco del hombre, el resto era cuestión de detalles que de momento tenían una importancia muy secundaria). Darwin empero si tuvo el apoyo incondicional (más emocional que racional) del que desde 1843 se convirtiera pronto en su mejor amigo en vida, el botánico ya mencionado Joseph Dalton Hooker.

La pregunta añadida que todavía tampoco está enteramente contestada es por qué Darwin, un eminente, respetado y adinerado victoriano, era tan radical. Porque la animadversión de Darwin hacia todo lo que sonara a teológico llegó a ser más que sobresaliente a pesar del sufrimiento que con ello le causaba a su esposa (en su madurez Darwin consideraba el cristianismo como una doctrina abominable), aunque nunca lo manifestara de una forma procaz ni extemporánea como ocurriera con su joven amigo y locuaz defensor, el mencionado Thomas Henry Huxley, que el mismo se apodara el bulldog de Darwin por la defensa contra todo pronóstico que, según él, hacía de las ideas de su amigo (para más señas fue abuelo del famoso novelista Aldous Huxley y de su hermano el notable biólogo y co-artífice de la teoría sintética de la evolución, el antes mencionado Julian; a la siguiente generación ya habría un Premio Nobel de Medicina y Fisiología en 1963, Andrew Fielding Huxley).

Darwin, a pesar de haber sido cazador empedernido en su juventud, llegó a manifestar una especial sensibilidad por el sufrimiento de los animales que proyectaba incluso en los insectos (lo que no le impedía apoyar la vivisección para el progreso de la ciencia). A Darwin le horrorizaba la arbitrariedad moral que para él existía a todas luces en la naturaleza así como el despilfarro de semillas/polen que ciertas plantas exhibían a la hora de su reproducción. Esa sensibilidad por el sufrimiento animal y el despilfarro natural adquiría un valor superlativo cuando se trataba de su propia familia donde, especialmente entre los varones (especialmente su padre y su hermano), reinaba el escepticismo más puro y duro, de manera que, según Darwin, si existiera el Dios cristiano todos esos parientes arderían en el infierno, lo que para él resultaba tan inasumible como monstruoso. Por otro lado, Darwin nunca se recuperó del dolor inmenso que padeció con la muerte lenta y aplastante de su hijita Annie de 10 años en el balneario de Malvern regentado por su buen y dedicado amigo el Dr. Gully (Keynes, 2001). Era demasiado. Con la selección natural que es una fuerza tan ciega como oportunista cualquier monstruosidad natural al respecto es entendible, mientras que no podía existir un Dios no ya indiferente a la suerte de su creación sino caprichoso y sádico hasta lo inconcebible (su inteligente consorte y prima Emma intentaba hacerle comprender por qué existía el mal según consabidos argumentos tradicionales, pero todo en vano, Darwin, al contrario de su mujer, dejó de practicar lo que no impidió que su amistad con el párroco de Downe, el Rvdo. John Innes, fuera cada vez más profunda).

Así Darwin le animalizaba al hombre ennoblecendo según él al resto de los seres vivos, y llegaba hasta tocar hueso no ya por ese libro que publicara en 1871 sobre el origen del hombre en que las diferencias entre las razas humanas tendrían un origen sexual —como respuesta a la falta de fe de Wallace en la selección natural— y la cultura humana era una

respuesta biológica sancionada por la selección natural, sino que en su libro básico, *El Origen*, incluye ya un capítulo muy interesante sobre el instinto, es decir lo que hoy día denominaríamos comportamiento o etología. De manera que el instinto estaría al mismo nivel que la anatomía o la fisiología, además de glosar sobre el tema abundantemente en su libro sobre *La Expresión de las Emociones en el Hombre y los Animales* (1872) colofón al *Origen del Hombre*. Es más, para Darwin la conciencia, y su primera derivada, la ética, no era más que un instinto social, como para Spencer, y a diferencia de los utilitaristas, especialmente de John Stuart Mill, pensaba en la espontaneidad de la acción ética y no sobre su instrumentación mediante un cálculo consecuencialista. De manera que para Darwin el libre albedrío colapsa. No pasa nada. El sol sale y se pone. O sea es como si saliera y se pusiera. Yo mismo, cualquiera de nosotros, si no elegimos es como si eligiéramos y viceversa claro, por que si sí elijo, como en el caso del utilitarista Mill, también me puedo considerar tan determinado que es como si no eligiera. Y es que estamos en la filosofía del como si (*Philosophie des Als Ob*, 1911) como la concibiera el filósofo alemán kantiano Hans Vaihinger. Todo en efecto es 'como si' pero con una excepción clave: si algo orgánico sufre no se puede esgrimir que es como si sufriera y ahí radica el neo-animismo de Darwin que tiene un precedente clave en la sentencia colosal de Jeremy Bentham de que 'no tiene derechos el que piensa sino el que sufre'.

Bibliografía

- BLOOR, D. (1983), *Wittgenstein: A Social Theory of Knowledge*, London, Macmillan and Columbia.
- BOURDIEU, P. (1988), *L'ontologie politique de Martin Heidegger*, Paris, Ed. de Minuit.
- BOWLER, B. J. (1983), *The Eclipse of Darwinism: Anti-Darwinian Evolution Theories in the Decades Around 1900*, Baltimore & London, The Johns Hopkins University Press.
- BOWLER, B. J. (1986), *Theories of Human Evolution: A century of debate, 1844-1944*, Baltimore & London, The Johns Hopkins University Press.
- CASTILLEJO, D. (1981), *The Expanding Force in Newton's Cosmos, as Shown in his Unpublished Papers*, Madrid, Ediciones de Arte y Bibliofilia.
- CASTRODEZA, C. (1988), *Teoría histórica de la selección natural*, Madrid, Alhambra.
- CASTRODEZA, C. (2009), *La Darwinización de Mundo*, Barcelona, Herder.
- DAWSON, D. (2007), *Darwin, Literature, and Victorian Respectability*, Cambridge, Cambridge University Press.
- FAGAN, M. B. (2007), «Wallace, Darwin, and the Practice of Natural History», *Journal of the History of Biology*, **40**, 601-635.
- GEISON, G. L. (1985), *The Private Science of Louis Pasteur*, Princeton, N. J., Princeton University Press.
- GLICK, T. F. (1992), «The Darwinologists», *Biology and Philosophy*, **7**, 507-510.
- HULL, D. (1973), *Darwin and his Critics*, Cambridge, Mass, Harvard University Press.
- HULL, D. (2005), «Deconstructing Darwin: Evolutionary Theory in Context», *Journal of the History of Biology*, **38**, 137-152.
- JOHNSON, C. N. (2007), «The Preface to Darwin's Origin of Species: The Curious History of the "Historical Sketch"», *Journal of the History of Biology*, **40**, 529-556.
- KEYNES, R. (2001), *Annie's Box: Charles Darwin, his Daughter, and Human Evolution*, London, Fourth State Publishers.
- LEVY, D. M.; PEART'S, S. J. (2006), «Charles Kingsley and the Theological Interpretation of Natural Selection», *Journal of Bioeconomics*, **8**, 197-218.
- LEWENS, T. (2007), *Darwin*, London & New York, Routledge.
- RICHARDS, E. J. (2008), *The Tragic Sense of Life: Ernst Haeckel and the Struggle Over Evolutionary Thought*, Chicago, University of Chicago Press.
- RUSE, M. (1983), *La revolución Darwinista: La naturaleza al rojo vivo*, Madrid, Alianza Universidad.
- RUSE, M. (2004), «The Romantic Conception of Robert J. Richards», *Journal of the History of Biology*, **37**, 3-23.
- RUSE, M. (2005a), «The Divided Mind of Charles Darwin», *Metascience*, **14**, 171-177.
- RUSE, M. (2005b), *The Evolution-Creation Struggle*, Cambridge, Mass, Harvard University Press.
- RUSE, M. (2007), *Charles Darwin*, Oxford, Blackwell.
- SECORD, J. A. (2000), *Victorian Sensation: The Extraordinary Publication, Reception, and Secret Authorship of Vestiges of the Natural History of Creation*, Chicago, University of Chicago Press.
- STAMOS, D. M. (2007), *Darwin and the Nature of Species*, New York, Suny Press.
- VAN WYHE, J. (2007), «Mind the Gap: Did Darwin Avoid Publishing his Theory for Many Years?», *Notes & Records of the Royal Society*, **61**, 177-205.
- WEINBERG, S. (1993), *Dreams of a Final Theory: The Search for the Fundamental Laws of Nature: The Scientist's Search for the Ultimate Laws of Nature*, London, Vintage.